

mos mostrando cuánto mayor y más excelente fortaleza ha habido entre los cristianos que entre los gentiles; y para hacer bien esto, expliquemos las partes de la verdadera fortaleza.

CAPÍTULO XXXVII.

En qué consiste la verdadera fortaleza.

Tratando Ciceron, en el libro primero de los *Oficios*, de la fortaleza política, dice que consiste en dos cosas principalmente. La primera, en menosprecio de todas las cosas exteriores, persuadiéndose el hombre que no se debe maravillar ni desear ni apetecer en esta vida cosa alguna sino la virtud, y que por ella ha de pelear con los hombres y consigo mismo, y resistir á los golpes de la fortuna.

La segunda es, que teniendo este ánimo que digo, haga el hombre cosas grandes y arduas y llenas de trabajos y de peligros de la vida; y esto no por su antojo ó ambicion, sino por el bien público. Y añade que aunque esta segunda cosa es en sí más espléndida, y en los ojos de los otros más excelente, pero que realmente la primera es la raíz y la causa eficiente, de la cual nace estotra segunda; porque del menospreciar el hombre todas las cosas de la tierra, y preciar sola la virtud y determinarse á morir por ella, viene á criarse en él un ánimo generoso y hacerse hábil para emprender cosas arduas y dificultosas en beneficio de los otros. Todo esto dice Ciceron.

Y Aristóteles enseña que la virtud de la fortaleza tiene dos partes principales, que son, como dije, acometer y sufrir; y así, segun estos sabios, tres cosas debe tener el verdadero, fuerte y magnánimo: la primera, menospreciar todas las cosas exteriores; la segunda, sufrir mucho por la virtud; y la tercera, acometer cosas arduas y peligrosas.

Pues segun esta doctrina de dos hombres, aunque gentiles, sabios y políticos, y uno muy ejercitado en el gobierno de la república romana, cuando era señora del mundo, y el otro sapientísimo filósofo y maestro del grande Alejandro, ¿quién podrá negar que en la república cristiana haya habido los más fuertes y más valerosos hombres del mundo, y que nuestra santa religion, no solamente no hace cobardes, pusilánimes ó apocados á los que la profesan, sino que su misma doctrina los hace magnánimos y valientes, pues los hace menospreciadores de todo lo que se ve, y tan amigos de la virtud, que mueren por ella?

¿Ha habido, por ventura, despues que el mundo es mundo, otra religion ó secta alguna, que enseñe lo que nos enseña nuestra sagrada religion? ¿Ha habido en alguna tantos y tan excelentes y admirables varones como en la nuestra, que hayan vivido con tan extraño menosprecio de todas las cosas perecederas, como si fueran ángeles vestidos de cuerpo mortal?

No quiero hacer comparacion de los nuestros con los otros, por no escurecer la gloria y resplandor de la religion cristiana con la escuridad y tinie-

blas de cualquiera otra secta y falsa religion, y por no hacer agravio á innumerables varones esclarecidos y santísimos, de que está llena y rica la Iglesia católica, trayendo los ejemplos de algunos pocos que los gentiles celebran y levantan sin razon hasta el cielo; porque, demas que todos los que ellos ensalzan y alaban por este menosprecio y fortaleza son muy poquitos, y los nuestros, como dije, son innumerables, mucho de lo que ellos escriben es añadido y fingido; y puesto caso que todo fuese verdad, hay tan grande diferencia entre las virtudes de los unos y de los otros, que las de los gentiles se pueden tener por virtudes contrahechas y pintadas, y las de los nuestros por verdaderas y macizas, como arriba queda probado.

Pues ¿qué diré del resistir y sufrir, que Aristóteles pone por la más señalada é importante parte de la fortaleza? ¿Ha habido religion en el mundo que con infinitas partes se pueda comparar con la Iglesia católica, que está rodeada y armada de innumerables ejércitos de fortísimos soldados y mártires, de cuyas alabanzas ni puedo callar ni sé cómo hablar? Porque ¿qué lengua, aunque sea de ángeles, podrá explicar la fortaleza increíble de estos gloriosísimos caballeros, las penas atrocísimas que padecian, como dijimos arriba, los tormentos cruelísimos que pasaron, de agua, y fuego, de hambre y sed, de calor y frio, de pobreza y desnudez, de cárceles, prisiones, cadenas, potros, peines de hierro, de bestias fieras, horcas, ruedas, quebrantamiento de huesos, y los demas suplicios que el demonio con su ingenio y ódio que tiene á Jesucristo pudo intentar, y la paciencia y constancia, la alegría y regocijo, y aquella bienaventurada seguridad y semblante del cielo con que los padecian? Y esto, no uno ni dos, ni en una ú otra provincia, ni por pocos años, sino por espacio de más de trescientos años, en todas las persecuciones que tuvo la santa madre Iglesia, en tantas y tan diversas tierras y regiones del mundo, en las cuales fueron tantos los mártires que murieron, que, como las estrellas del cielo, no se pueden contar.

Y si tuvieran esta fortaleza los hombres solos, fuera ménos maravilla; pero las mujeres flacas, las doncellas delicadas, los niños tiernos eran atormentados con penas extrañas y horribles, y las vencian, y triunfaban de sus atormentadores y del pecado y de la muerte, escogiendo ántes cualquiera género de muerte, por espantosa y extremada que fuese, que la vida con mancilla y ofensa de la santa religion.

Este solo argumento es suficientísimo, cuando todos los demas faltasen, para entender que la religion cristiana no hace á los que la profesan cobardes ni medrosos, sino fuertes, animosos y vencedores de todos los peligros, y triunfadores de todos los tormentos que por la misma religion se les pueden ofrecer.

Y siendo esto así, también serán fuertes y animosos para emprender cosas arduas y dificultosas en el gobierno de la república, cuando para el bien

della y beneficio de los hombres fuere menester; porque esto les enseña la misma religion, y no se puede creer que el que no se deja vencer de la muerte afrentosa y cruel se dejará vencer de otros peligros y temores menores, cuando fuere necesario pasarlos por cumplir con su conciencia y obligacion.

Dirá por ventura Maquiavelo que la fortaleza de los mártires no es fortaleza política (de la cual él habla), sino una confesion y testificacion de su fe, y que á lo ménos en esta fortaleza militar y propia de soldados y guerreros, los cristianos son inferiores á los gentiles, porque no han acometido ni acabado cosas tan arduas y tan peligrosas como ellos acometieron y acabaron, que es la otra parte de la fortaleza que ponen Aristóteles y Ciceron. Esta es otra falsedad tan necia como las pasadas, como en el capítulo siguiente se verá.

CAPÍTULO XXXVIII.

De los soldados y capitanes valerosos que ha producido la religion cristiana.

¿Quién podrá comprender en pocas palabras, y encerrar en un tratado tan breve como éste, tantos y tan famosos caballeros, soldados valerosos, capitanes esforzados, reyes y emperadores invencibles, que cercan y fortalecen la Iglesia católica, y se pueden comparar ó anteponer á los mayores y mejores del mundo?

¿Qué Tulio ó qué Demóstenes podrá con su elocuencia, no digo alabar, sino referir las hazañas maravillosas que han hecho, las batallas que han dado, las vitorias que han alcanzado, las tierras que han descubierto, las naciones que han sojuzgado, los reyes y monarcas que han puesto debajo de sus piés con tan extremado valor y magnanimidad, que justamente, como dije, se pueden comparar, y áun algunos dellos anteponer, á todos los capitanes antiguos de la gentilidad?

Porque ¿con qué lengua se pueden explicar, ó con qué estilo representar las batallas y vitorias que Constantino Magno, emperador, tuvo de tan poderosos enemigos, Maximiano Hérculeo, Majencio y Licinio, que peleaban contra él con mayor número de soldados romanos y muy escogidos; los triunfos que alcanzó de tantas naciones septentrionales, que ántes de él siempre fueron tenidas por fieras intratables y bárbaras, y la felicidad con que todo el tiempo que él imperó, y en tantas batallas que dió, nunca fué vencido ni él ni ninguno de sus capitanes?

Pues ¿qué diré del gran Teodosio, emperador, nuestro español, cuyas vitorias contra Máximo y Eugenio, tiranos, no fueron ménos ilustres ni ménos gloriosas y áun milagrosas que las de Constantino, pues visiblemente peleó Dios por él, y hasta los poetas gentiles las celebraron con sus versos y poemas? ¿Qué de Heraclio, que reprimió el orgullo de Cósroes, rey de los persas, y con tres vitorias señaladas le quebrantó y quitó el reino, y restituyó al imperio romano las provincias que el

bárbaro enemigo le habia tomado? ¿Qué de Cárlos Martelo, que salvó al reino de Francia de los moros, matando una infinidad de ellos dos veces? ¿Qué de su nieto Cárlos Magno, reparador del imperio, y tan esclarecido príncipe en las guerras, que domó en breve tiempo las naciones que el gran Alejandro no osó acometer y los romanos no pudieron vencer?

No digo nada del excelentísimo capitán Ecio, el cual en aquella famosa batalla de los campos catalanes derramó tanta sangre de los hunos y venció á Atila, su capitán, que se llamaba y era azote de Dios y terror del mundo, y con sus armas mostró el pecho y valor que tiene el que es favorecido de Dios. Ni tampoco quiero hablar de Belisario, que fué defensor de la ciudad de Roma, espanto de los godos, triunfador de los vándalos, domador de los persas y gloria del imperio de Justiniano; ni referir aquí las proezas y hechos señalados de Narsés, sucesor de Belisario, que con tan grande felicidad y gloria acabó por fuerza de armas la grandeza que habian alcanzado y poseído tantos años en Italia los godos con la muerte de Totilas y Teyas, sus reyes y capitanes, y fué libertador de la misma Italia.

Dejo á Godofredo de Bullon, que por su gran valor y altos merecimientos vino á ser el primer rey de Jerusalem, despues que la recobraron los cristianos, y á los príncipes normanos, Gulielmo Ferrabraccio, Roberto Guiscardo, Rogerio Bohemundo y los demas. Paso en silencio á los emperadores Otones, tan afamados en las armas.

No digo nada de Simon, conde de Monforte, fortísimo y celosísimo ministro del Señor contra los albigenses, que en tiempo de santo Domingo pregonaron guerra contra la Iglesia católica, y no una, sino muchas veces, siendo él capitán general della, fueron desbaratados, destrozados y muertos muchos de pocos, herejes de católicos, impíos y atrevidos de los que eran piadosos y confiaban en Dios, y por estó eran verdaderamente fuertes, constantes y magnánimos.

Ni de Matías Corvino, rey de Hungría, y de Juan Uniades, que tan hazañosas y gloriosas cosas hicieron en las armas contra los turcos; pero, aunque calle los demas, no es justo pasar en silencio algunos de los muchos valerosos capitanes que ha habido en España, y pueden competir con cualquiera de los más aventajados del mundo; porque ¿quién no se admirará del valor y esfuerzo del rey don Pelayo, que con tan pocos cristianos se opuso al ejército vencedor y triunfador de los moros, y tantas veces le desbarató, y con sus vitorias fué principio que los cristianos volviesen en sí y recobrasen lo que los moros habian ganado?

¿Quién no se maravillará de la vitoria del rey don Ramiro y de las del conde Fernán Gonzalez, que con tan pequeño número de soldados, tantas veces, no sólo resistió á las huestes sin número de los moros y detuvo su furor y braveza, pero hizo grandísima matanza en ellos y los arruinó y destru-

yó? El valor y ánimo de Bernardo del Carpio no hay quien no le sepa, ni las hazañas del Cid Rui Diaz, que son tales y tantas, que los muchos libros que dellos andan escritos son pocos para los que se podían escribir si cayeran en manos de un Jenofonte ó de un Tito Livio, ó de otro elegante historiador griego ó latino, que con su elocuencia las supiera encarecer.

Pues ¿qué diré de nuestros reyes Alfonsos? ¿Del Sexto, que ganó á Toledo; del Octavo, que con muerte de solos veinticinco soldados cristianos, mató doscientos mil moros en aquella famosa y memorable batalla de las Navas de Tolosa? ¿Y del Onceno, que mató no menor número en la otra no ménos gloriosa del Salado? ¿Qué del otro Alfonso Enriquez, primero rey de Portugal, que venció á los cinco reyes moros y deshizo sus ejércitos, y mereció la corona y título glorioso de rey de Portugal, y tuvo tantas y tan insignes victorias contra los enemigos de nuestra santa fe católica, que se puede muy justamente contar entre los más excelentes y famosos capitanes del mundo y entre los más piadosos reyes, porque nunca atribuyó á sí las victorias, sino á Dios nuestro Señor, cuyas eran y de quien él las reconocía?

Y no ménos lo hizo el rey don Fernando el Santo, que ganó á Córdoba y á Sevilla, y tantas y tan ilustres victorias de los moros, y fué en ellas tan favorecido de Dios, que con razon le ponemos en el número de los reyes que fueron santos en la vida, y en las armas felicísimos.

¿Qué de don Jaime, rey de Aragon, por nombre el Conquistador? ¿Qué de don Alonso, rey asimismo de Aragon, que comunmente llaman de Nápoles, porque conquistó aquel reino? ¿Qué de los otros reyes de Portugal, especialmente don Juan el Primero y don Manuel?

¿Qué de su suegro, el Rey Católico de España, don Fernando V de este nombre, que fué tan esclarecido príncipe en la guerra como en la paz, pues demas de haber ganado los reinos de Granada, de Nápoles, de Navarra por las armas, acabó por ellas de echar el yugo con que casi ochocientos años habian sido oprimidos estos reinos de los moros, y con la justicia los estableció, y dejó á sus sucesores abierto el camino para la grandeza en que los vemos?

¿Qué de Jorge Castrioto, señor de Croia, en Albania, al cual, por su gran valor, llamaron los turcos Scanderbec, comparándole en la valentía y grandeza de ánimo al grande Alejandro? ¿Qué de Francisco Esforcia, que por su gran valor se hizo Duque de Milan, y de Nicolas Picinino, en las armas su competidor? No hay nacion ni reino ni provincia de cristianos, por pequeña que sea, que no haya tenido muchos valerosísimos capitanes.

Las historias de Francia, de España, de Italia, de Alemania, de Inglaterra, de Polonia, de Bohemia, de Hungría y de todas las otras naciones están llenas de hechos famosos, de batallas sangrientas, de gloriosas victorias alcanzadas de sus prin-

cipes y capitanes. Y este siglo (por no hablar de los demas) ha florecido en las armas sobre muchos de los siglos pasados, y producido á Cristóbal Colon, descubridor del Nuevo Mundo; á don Gonzalo Fernandez de Córdoba, que con justo título fué llamado el Gran Capitan, por haber conquistado primero, y despues defendido con increíble valor, el reino de Nápoles, y haber sido maestro en el arte y virtud militar de otros muchos excelentes capitanes, que aprendieron dél y le siguieron; como fueron el Marqués de Pescara, don Fernando de Ávalos, Próspero y Fabricio Colona, Antonio de Leiva, y los que despues han sucedido á éstos; don Alonso de Ávalos, marqués del Vasto; don Fernando Gonzaga, príncipe de Malfeta; Andrea de Oria, príncipe de Malfi; Manuel Filiberto, duque de Saboya; don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba; el señor don Juan de Austria, Alejandro Farnesio, duque de Parma, y otros, que son tantos, que no se pueden contar, y tan famosos, que no se puede dignamente alabar; pero aunque pasemos en silencio á los demas, no es justo dejar de hablar del fortísimo y máximo emperador y rey de España, Carlos V; porque este gran príncipe con sus armas hizo temblar la redondez de la tierra, y con sus victorias abrazó el mundo, hizo retirar de Viena ignominiosamente á Soliman, bravísimo y valerosísimo príncipe de los turcos, y tuvo presos á los demas poderosos principes y señores de la cristiandad.

Tomó el reino de Túnez y echó á los turcos de Africa, quebrantó el orgullo y potencia de Alemania, y domó á todos los principes y ciudades del imperio, que se le habian rebelado; pasó las columnas de Hércules, y en el Nuevo Mundo, por sus capitanes, descubrió y conquistó tantas regiones y provincias y sojuzgó tantas y tan bárbaras naciones, sujetó é hizo tributarios á tantos y tan grandes reyes, que no solamente él se puede comparar con los más esforzados reyes y emperadores que ha habido en el mundo, mas aún algunos de sus capitanes con cualquiera de los más valerosos que se escriben en las historias antiguas; porque, dejando aparte á los que nombramos arriba, ¿á quién no pone admiracion el ánimo con que Fernan Cortés acometió con tan pocos españoles el reino de Méjico, y el valor con que le sojuzgó, y destruyó la monarquía de Motezuma, y la fortaleza con que le defendió de innumerables indios, y la felicidad con que ganó y sujetó tantas y tan ricas provincias, y se hizo señor de tantos y tan grandes tesoros, que han enriquecido el mundo?

Y lo que digo de Fernan Cortés podemos decir con verdad de Alfonso de Alburquerque, el cual fué tan animoso y prudente y dichoso capitan del rey de Portugal, don Manuel, que se puede con razon llamar conquistador de reinos, amplificador de la gloria de su nacion, triunfador de la India y fundador del imperio que la corona de Portugal tiene en Oriente.

Y de otros muchos capitanes cristianos podria-

mos decir lo mesmo, si fuese nuestro intento hacer aquí catálogo de todos los que ha tenido la Iglesia católica; pero no lo es, así porque sería imposible, siendo, como son, innumerables, como porque para convencer la inorancia de Maquiavelo estos que habemos referido sobran, en los cuales se debe advertir que cuanto fueron más devotos y más allegados á Dios y más dependientes de Dios, tanto fueron más valerosos, vitoriosos y gloriosos, para que se entienda que el Señor era el autor de su fortaleza y felicidad.

Volviendo, pues, á la falsa dotrina de Maquiavelo, que enseña que el Evangelio y religion cristiana enflaquece los corazones y les quita el vigor y fortaleza, pregunto yo: ¿en qué consiste la fortaleza? Porque si en emprender cosas arduas y muy dificultosas, ¿qué cosa puede haber que lo sea más que el descubrir y conquistar un nuevo mundo, y sujetar más naciones y tierras que ningun rey ni emperador hasta ahora ha descubierto ni poseído? Si en vencer á muchos enemigos y ántes nunca oídos, ¿donde ha habido más que los que en nuestro siglo por las armas se han sujetado al yugo del santo Evangelio? Si en pelear pocos contra muchos, ¿cuántas veces ejércitos innumerables de infieles y bárbaros han sido desbaratados de muy pocos soldados cristianos? Si en hacer cosas extrañas y que exceden el curso comun y uso de los otros hombres, las que han hecho los portugueses en las Indias Orientales, por mar y por tierra, y los castellanos en las Occidentales, en Italia, Germania y Flándes en nuestros dias, son tantas y tan hazañosas que ninguna de las que leemos en las historias griegas y latinas (por más que los escritores las levanten con elegancia y ornato de palabras) se pueden con ellas igualar, ó á lo ménos á ellas preferir. Pero volvamos á Maquiavelo.

CAPÍTULO XXXIX.

Que la regalada educacion es causa que los hombres no sean fuertes y valientes.

En los capítulos pasados queda probado que la religion cristiana, no solamente no nos enseña cosa que sea contraria á la verdadera fortaleza, como dice Maquiavelo, pero que no ha habido verdadera y virtuosa fortaleza sino en la cristiana religion, ni en el mundo religion alguna que haya tenido hombres tan valerosos, tan menospreciadores de todas las cosas humanas, tan sufridores de trabajos y triunfadores de todos los tormentos y muertes, y tan ilustres y gloriosos en hazañas militares, como nuestra santa religion; de lo cual todo se ve el disparate de Maquiavelo y la insipiencia de su dotrina; pero, porque no le condenemos en todo, ni dejemos de aprobar lo que dice bien, en una cosa tiene razon, que es en decir que la educacion es gran parte para alcanzar la fortaleza; porque no hay duda sino que la crianza de los niños es la fuente del bien y del mal de la república, y el primer fundamento del edificio y gobierno político, y la que, como dice Séneca, *facit mores*; porque

ella engendra y cria las costumbres, que son diferentes segun que lo es la educacion.

Esto es lo que quiso dar á entender Licurgo á los espartanos cuando hizo traer delante del pueblo dos perros, hijos ambos de un padre y una madre, que se habian criado el uno en la cocina, y el otro cazando en el campo, y mandó echar juntamente delante de los perros una liebre y unas piltrafas, y el que se habia criado en la caza siguió la liebre y la tomó, y el que en la cocina, asíó con los dientes de aquella carnaza y se hartó della, como lo escribe Plutarco (1).

Y es cierto que aquel es más apto para alcanzar la fortaleza, que tiene el cuerpo más acostumbrado para padecer trabajos y fatigas, y que desde niño se ha criado al frio y al calor, y al sol y al aire, en pobreza y necesidad, sin regalo y deleite. Y éste es un punto que todos los principes que desean conservar sus estados debrian considerar mucho, como lo dijimos arriba, para cortar de su república todo lo que la puede inficionar, ablandar y quitar el vigor y brío que pide la verdadera fortaleza, sin el cual la república queda como desarmada y desnuda, y entregada en manos de sus enemigos. Así lo hizo con los lacedemonios Licurgo, como lo escribe Plutarco (2), el cual añade que por esta severidad y templanza, el tiempo que ella duró, habia tan grande honestidad entre los hombres y mujeres en Sparta, que tenian por cosa increíble el adulterio.

Todas las grandes monarquías é imperios se fundaron y aumentaron y conservaron con sobriedad y templanza, y se perdieron por la destemplanza y regalo. El imperio de los asirios se acabó en el rey Sardanápalo, que fué más mujer que hombre, y por esto perdió el reino y la vida. El de los medos fué destruido de los persas al tiempo que los principes y naturales de Babilonia estaban ocupados en fiestas y pasatiempos.

Los mismos persas, que ántes que venciesen á los medos eran muy sabios, y tan templados, que, como dicen Jenofonte y Ciceron, no comian sino un poco de pan con una yerba que llaman mastuerzo y sal, y bebían agua y vestían groseramente, y con esto eran tan valientes y se hicieron señores del imperio de Babilonia, despues cayeron desta templanza, y se dieron al regalo de manera, que cuando Alejandro Magno venció á Darío, rey de los persas, halló en sus reales muchos regalos.

Los lacedemonios criaban sus hijos con extraña aspereza y fatiga, para que desde niños se hiciesen fuertes y robustos. Y aún escribe Plutarco (3) que Licurgo mandaba que las mujeres saltasen, corriesen y anduviesen á caza, y se ejercitasen en cosas trabajosas y duras, para que los hijos fuesen más recios y sacasen de las entrañas de sus madres el vigor y fortaleza; pero despues que alojaron deste rigor, y se dieron al regalo, perdieron su imperio, y de señores fueron hechos esclavos.

(1) Plut., lib. De liberis eduo. et in Apotheg. de Licurgo.

(2) In Apophth. Lacon. (3) Plut., Instit. Lacon.

¿Qué diré del imperio romano? ¿Quién le deshizo y destruyó, sino el deleite y la mala educación y disolución de vida y costumbres? Plinio (1) se queja que los romanos habían caído de su antigua templanza, y aprendido las costumbres viciosas de las otras naciones que habían sujetado, y que en el comer y beber y vestir, en el edificar y en el aparato de casa había tan grande demasia, que no se puede creer; y así dice: *Vincendo, victi sumus*; venciendo, fuimos vencidos.

Horacio dice que porque la doncella aprendía á danzar y bailar desde niña, aprendía juntamente á ser deshonestas, y que con diferentes costumbres se habían criado los antiguos romanos, que habían teñido la mar con la sangre de los cartagineses, y vencido á Anibal, su capitán, y á los reyes Pirro y Antíoco; porque estaban acostumbrados á arar la tierra y andar cargados y curtidos al sol y al aire, al calor y al hielo. Y así dice en otro lugar (2): «Echemos de nos las piedras preciosas y las perlas y el oro sin provecho, que es materia de todos los males, y arrojémosle en la mar, si estamos arrepentidos de nuestras maldades. Menester es arrancar las raíces de los apetitos desenfrenados, y formar los ánimos blandos con ejercicios duros y ásperos.» Y en otro lugar: «Aprenda el muchacho que quiere ser fuerte y robusto, á sufrir pobreza, para que haga temblar los partos feroces, y pase su vida al aire y al sereno, y con sobresaltos y temores.» Todo esto dice Horacio.

Quintiliano (3), que fué maestro de la juventud y nobleza romana muchos años, lamenta el demasiado regalo con que los padres criaban á sus hijos, por estas palabras: «Pluguiese á Dios que nosotros mismos no echásemos á perder las costumbres de nuestros hijos; debilitamos la niñez con regalos; aquella blanda y regalada crianza, que llamamos indulgencia ó amor tierno, es la que corta todos los nervios del ánimo y del cuerpo. ¿Qué no deseará cuando sea grande el que, ántes que sepa andar, anda vestido de grana? Aun no puede formar las primeras palabras, y ya sabe qué es oro y joyas, y pide telas y galas. Antes enseñamos al paladar para que sepa el niño las diferencias de sabores, que la lengua para que sepa hablar. Crecen en literas y en chirrioncillos, y si ponen los pies en el suelo, tenémoslos colgados de ambas partes con nuestros brazos. Si dicen alguna cosa lasciva, recibimosla con risa y con tan grande gusto, que los besamos y acariciamos de placer. Y no es maravilla que los niños digan cosas deshonestas y sucias, porque nosotros se las enseñamos, de nosotros las oyeron y de nuestras manecbas. Todo el convite resuena con cantares deshonestos, y en él se ven cosas tan feas, que no se pueden decir, y de ver y oír se hace la mala costumbre, y de la mala costumbre la mala naturaleza, y los pobres niños aprenden los vicios ántes

(1) Plin., *Hist.*, lib. xxiv, cap. iii, y lib. xxxiii, cap. xi, y libro xxxvi, cap. xv. (2) Lib. ii, od. xxiv. (3) Lib. i, cap. ii.

que sepan lo que son.» Hasta aquí son palabras de Quintiliano.

De suerte que el trabajo y la aspereza fundan los imperios, y la flojedad y regalo los deshacen; y no hay más cierta señal de haberse de perder en breve una monarquía, que verla dada al deleite y á la ociosidad. Y así el rey Ciro, queriendo castigar á los lidios, que se le habían rebelado, y eran muy valientes y guerreros, mandó que solamente se ocupasen en ser bodegoneros, taberneros y pasteleros, y en los otros oficios de golosina y regalo, y con esto perdieron todo su valor y se hicieron flojos y afeminados, y no tuvieron despues ánimo para tomar las armas ni para más alzar la cabeza; y lo mismo hizo el rey Jérjes, hijo de Darío, con los de Babilonia, como lo escribe Plutarco (4).

La comunicacion tan grande de naciones extranjeras, la abundancia de oro y plata, y piedras y especerías, y regalos que han venido de las Indias; la mala y natural inclinacion que tenemos al deleite; el no haberse atajado al principio los nuevos y viciosos usos, han trocado las costumbres é introducido una educación dura y severa de nuestros antiguos. Y no hay duda sino que habiendo diversidad en la educación, la ha de haber en la fortaleza, como dice Maquiavelo; pero esta nueva, blanda y disoluta educación no se funda en nuestra santa religion, como él cree; ántes es contraria á ella; porque la religion nos predica dureza, pobreza, templanza, trabajo, y las otras virtudes con que se engendra y crece y perficiona la fortaleza, y que criemos nuestros hijos desde niños con severidad y aspereza, y no con ternura y regalo, si queremos no llorarlos sin remedio cuando sean grandes, como la experiencia nos lo enseña.

Y así dice el Espíritu Santo (5): «El que no usa del azote aborrece á su hijo; mas quien le quiere bien, continuamente le castiga.» Y en otro lugar: «No alces la mano del castigo de tu hijo, porque si le hirieres con el azote, no morirá; tú le das con la vara, y libras su ánima del infierno.» Y áun más claramente, en el cap. xxx del *Eclesiástico*, dice: «El padre que ama á su hijo azótale á menudo, para que al fin tenga holganza con él. El potro que no es domado viene á ser caballo desbocado, y el hijo regalado á ser travieso y hecho á su voluntad. Regala á tu hijo, y darte ha que temer; juega con él, y entristecerte ha. No le des libertad cuando es mozo, y refrena sus antojos y apetitos; baja su cerviz mientras que es muchacho, y azótale mientras que es niño, porque no se endurezca y tire coques, y corra sin freno y sea causa de tu dolor.» Todo esto dice el Espíritu Santo.

No ha habido jamas religion en el mundo que tan grave y encarecidamente trate este punto de la educación, y sea más enemiga de todo regalo como lo es la religion cristiana. Y así, siguiendo y obedeciendo á su santa doctrina, en ninguna otra puede haber hombres más esforzados y valerosos

(4) Plut., *In Apoph.* (5) *Prov.*, xiii et xxiii.

que en ella, porque ninguna da preceptos tan conformes á la verdadera fortaleza, que es todo contrario á lo que escribe Maquiavelo. A esto, pues, debe atender con gran cuidado el príncipe si quiere conservar su estado, y procurar que se crien los hijos de sus vasallos sin los excesos, demasías y regalos con que al presente se crián, para que, como de buenos potros salen buenos caballos, así de mozos robustos salgan bravos y fuertes soldados, y cortando de su república lo que ha arruinado otras, la conserve con mayor facilidad.

CAPÍTULO XL.

Que los malos príncipes son verdugos y ministros de la justicia de Dios.

La peor cosa que dice Maquiavelo de la fortaleza es la que se contiene en sus postreras palabras: «Que esta manera de vivir, que nos enseña nuestra santa religion, ha enflaquecido y debilitado el mundo, y dádole como á saco á los hombres malvados, para que sin resistencia y con seguridad puedan hacer dél á su voluntad.» Con las cuales palabras da á entender que las cosas deste mundo suceden acaso, y que el que más puede, ése hace lo que quiere sin resistencia, como si Dios no tuviese providencia de las cosas humanas, ni diese ni quitase los reinos y estados á su voluntad, como arriba queda probado; que es gran blasfemia, é indigna de ser oída, no solamente de cristianos, sino de filósofos sabios y hombres cuerdos y atinados; pues hasta el rey Nabucodonosor, con ser gentil y enemigo de Dios, convencido de la interpretación del sueño que le dió Daniel (1), le dijo: «Verdaderamente que vuestro Dios es Dios de los dioses y Señor de los reyes.»

Y cuando vió que el fuego no quemaba á los tres santos mozos, quedó pasmado y atónito, y confesó esta verdad, y hizo un decreto, y le mandó publicar por toda la tierra, en que decía estas palabras (2): «Nabucodonosor, rey, á todos los pueblos, gentes y lenguas que habitan por todo el mundo desea paz. Sabed que Dios excelso ha obrado delante de mí grandes prodigios y maravillas, y por esto he determinado predicar sus milagros, porque son muy grandes; y sus obras admirables, porque son poderosas; y su reino, porque es reino sin fin; y su poder, que durará para siempre en todos los siglos y generaciones.»

Este Señor es el que, como ántes el profeta Daniel había dicho (3), traspasa los reinos de una nación en otra, y los establece, y en cuya mano está, como dice el Sabio (4), toda la potestad de la tierra, y transfiere el reino de una gente en otra, por las injusticias é injurias, y agravios y varios engaños. Y por esto dice el mismo Sabio, en el mismo lugar, que destruyó Dios el trono de los príncipes soberbios, y le dió á los mansos y benignos. Y el santo Job dice (5) que por los pecados del pueblo

(1) Dan., ii. (2) Dan., iii. (3) Dan., ii. (4) *Ecles.*, x.

(5) Job, xxxiv.

hace Dios reinar al hipócrita, y por los mismos pecados algunas veces da los reinos á hombres que son más fieras que hombres, para servirse dellos como de verdugos y sayones y ministros de su justicia y furor. Y así dice por el santo profeta Oseas (6): «Yo te daré rey en mi furor»; quiere decir, un rey que te aflija y destruya. Y á los persas idólatras los llama el Señor sus santificados y sus fuertes y poderosos, porque con ellos quería destruir á Babilonia.

Y Isaias dice (7): «Asur es la vara de mi furor, y es el palo con el cual yo ejecuto mi indignacion. Yo le enviaré á una gente engañadora, y le mandaré que vaya contra el pueblo de mi furor, para que le despoje y le robe y le destruya, y le pise como se pisa el lodo de la plaza.» Y habla de Salmanasar y de Senacherib, que por su soberbia y ambicion habían de ocupar las tierras de Israel, á quien Dios quería castigar por medio dellos. Y á Ciro llama su pastor y su Cristo, y á Nabucodonosor su siervo (8).

Y Atila, rey de los hunnos, se llamó azote de Dios, y el gran Tamorlan, ira de Dios; porque verdaderamente un mal príncipe, injusto, avaro, fiero y cruel, no tiene otro nombre que más le conveniga, que azote é ira de Dios. Y así dijo el Espíritu Santo por el sabio Salomón (9): *Leo rugiens, et ursus esuriens, princeps impius*; que el príncipe impío es como un león que da bramidos y como un oso hambriento, que por hartar su hambre no perdona á nadie; porque, de la manera que el Señor se sirve de los demonios como de ministros de su justicia para atormentar á los condenados, así se sirve en este mundo de los malos príncipes y tiranos, que son ministros del demonio, para ejecutar su saña y furor, y purificar la escoria de los buenos y destruir á los malos, y castigar á los mismos tiranos despues que se ha servido dellos. Por esto dijo san Jerónimo (10) que muchas veces nos da el Señor los príncipes conforme á nuestros merecimientos y segun la maldad de nuestro corazón. San Agustín dice (11): «No se da á los malos reyes la potestad de reinar sino por la providencia de Dios, cuando juzga que las cosas humanas son dignas de tales señores.»

Y aunque es verdad que parece á los ojos flacos y enfermos de nuestro corto juicio que el Señor no había de permitir semejantes monstruos, ó que, ya que los permita, que no debria tardar tanto en castigarlos, pero engañanse, porque no consideran los secretos de la divina Providencia, y que de todas las cosas al fin saca su gloria y nuestra utilidad (12). En una ciudad bien gobernada, no solamente ha de haber jueces, gobernadores, caballeros, ciudadanos y oficiales, sino tambien alguaciles, sayones, verdugos y atormentadores; ni solamente ha de haber templos, palacios, plazas y calles pú-

(6) Oseas, xiii. (7) Isai., i, xii, xlii et xlv. (8) Isai., xiv; Hier., xxvii. (9) *Prov.*, xviii. (10) *Habetur*, viii, q. 1, *audacter*. (11) *De Civit. Dei*, lib. v, cap. xxi. (12) Aug., *epist.* lvi, *Ad Macedonium, et habetur*, xxiii, q. 5, *Non frustra*.

blicas, sino tambien cárceles, mazmorras, calabozos y prisiones, sin las cuales no se podria vivir en la república.

No ménos muestra Dios su justicia en el infierno castigando á los malos, que en el cielo su misericordia glorificando á los buenos; ni su bondad resplandece ménos, cuando nos castiga, con los malos y crueles príncipes, que cuando por medio de los buenos y moderados nos favorece y regala. Y en lo que algunos dicen, que el tiempo en que Dios los sufre es muy largo y prolijo, no consideran que mil años en los ojos del Señor son ménos que un dia, y que preguntar por qué Dios deja vivir al tirano, y no le castiga hasta que hayan pasado treinta ó cuarenta años, es preguntar por qué ahorcaron al ladrón la tarde, y no la mañana del mismo dia.

Especialmente que todos estos tiranos están presos, y no se pueden escapar ni huir de la cárcel, aunque en ella se entretengan y jueguen, y tomen pasatiempos y se huelguen, estando colgando la sogá sobre sus cabezas y dada ya la sentencia contra ellos. Como admirablemente lo dice Plutarco (1) en un opúsculo, en que trata por qué Dios castiga tarde á los malos, en el cual refiere muchos y muy grandes provechos desta providencia y paciencia del Señor (2); de manera que el Señor da los reinos y los estados, y no la educacion de que usan los cristianos, como dice Maquiavelo, ni los que tienen mando en el mundo pueden hacer dél á su voluntad, sino á la voluntad de Dios y por el tiempo que Él fuere servido; porque, si el demonio no tiene más potestad para hacer mal, de la que Dios le permite, como claramente vemos en los libros del santo Job y del Evangelio, mucho ménos la tendrán sus ministros, ni la que el Señor les diere les durará más tiempo de lo que Él fuere servido.

Y así vemos que estos mismos tiranos, por el tiempo que Dios se quiere servir dellos, reinan, mandan, asuelan y arruinan sus reinos y señoríos, y en acabándose aquel tiempo limitado del Señor, se acaban ellos infelicísimamente, y pagan con desastrosos fines los desafueros y violencias que hicieron. Lo cual hallará el que leyere con atencion las historias, así eclesiásticas como profanas; porque en las profanas hallará las crueldades y torpezas y fingimientos de Tiberio, emperador, con que avasalló y afrentó el imperio romano, y despues le verá ahogado con una almohada por mano de sus mismos criados.

A Calígula, que deseaba que el pueblo romano tuviera una sola cabeza, para cortarla de un golpe, verálo acabado con treinta puñaladas. A Neron, derramando primero la sangre de su mujer, de su madre y de su maestro, y pegando fuego á la ciudad de Roma, y despues, dentro de pocos dias, dado por enemigo de la patria y condenado á ser arrastrado, y al cabo muerto con sus propias manos. A Domiciano, que se quiso hacer adorar por

(1) Plutar., *De Ser. num. vindicta*. (2) Math., viii; Marci., v.

dios, y con siete heridas que le dieron, confesar que era hombre y morir miserablemente.

¿Qué diré de los Commodos, Heliogábalos, Dioclecianos, Maximianos, Maximinos, Majencios, y de otros monstruos infernales, que fueron, el tiempo que imperaron, vara del Señor, y despues quemados con el fuego de su justicia? ¿Qué de los reyes cuyas vidas se cuentan en las historias sagradas y eclesiásticas? ¿De Saul (3), desobediente é ingrato, y enemigo de quien tantas veces le dió la vida, y derramador de la sangre sacerdotal; el cual, echándose de pechos sobre su misma espada, perdió con su vida el reino que Dios le habia concedido? ¿De Jeroboán (4), que por razon de estado y por no perder el reino hizo idolatrar al pueblo del Señor, y por esto le perdió para sí y para todos los de su casa y familia? ¿A Acab (5), impío y perseguidor de los profetas del Señor, y favorecedor de los profetas de Baál, atravesado de una saeta en la batalla, y lamiendo los perros su sangre? ¿A los reyes Antioco y Heródes (6), comidos de gusanos, y á todos los demas reyes impíos, de quien se escribe en las sagradas letras haber sido castigados severísimamente de Dios nuestro Señor?

Por no referir á Constantino, arriano, que murió de apoplejía, y á su primo, Juliano Apóstata, que fué traspasado con una lanza y vomitó blasfemando su abominable alma, y á Valente, hereje, que fué quemado en una choza de los bárbaros sus enemigos; ni decir de los demas príncipes que, habiendo servido de azote y vara al Señor para castigo de los reinos, despues acabaron con miserables fines.

Quede, pues, esta verdad asentada en nuestros pechos: que Dios, nuestro Señor, es Rey de todos los reinos, y el que los da y quita á su voluntad; que muchas veces se sirve de príncipes injustos y muy crueles para castigar los pecados de los pueblos, y que, acabado aquel castigo, les quita la vara é imperio, y los castiga á ellos con mucho mayor rigor y severidad, como lo muestran sus príncipes, medios y fines.

Y así san Agustín (7), despues de haber probado esta verdad, dice estas palabras: «Siendo esto así, no demos la potestad de dar el reino y el imperio sino á Dios verdadero, el cual da la felicidad del reino del cielo á solos los piadosos, y el reino de la tierra á los piadosos y á los impíos, como place al que ninguna cosa injusta place. El que dió el mando á Mario, ése le dió á Cayo César; el que le dió á Augusto, le dió á Neron; el que le dió á Vespasiano y á Tito, su hijo, que fueron suavísimos emperadores, le dió tambien á Domiciano, que fué cruelísimo; y por no alargarme, el que le dió al emperador Constantino, cristiano, ese mismo le dió al apóstata Juliano.» Todo esto es de san Agustín. Y no solamente este sapientísimo padre y los otros santos doctores de la Iglesia nos enseñan esta verdad tan clara y manifiesta, mas tambien los

(3) I, Reg., iii. (4) III, Reg., xii et xiii. (5) III, Reg., xvii et xxii. (6) I, Macab., vi; Act., xii. (7) Lib. v, *De Civit. Dei*, cap. xxi.

mismos filósofos gentiles con sola la lumbre de la razon la alcanzaron.

Y Plutarco dice estas palabras (1): *Nimirum Deus quibusdam malis tanquam carnificibus usus est, ad sumendas de aliis malis penas. Quod verum esse de plerisque tyrannis arbitror*; Dios se sirve de algunos malos como de verdugos para castigar á los otros malos; lo cual creo que es verdad en casi todos los tiranos. Y añade que no cesa el castigo y furor del tirano ó la aspereza del mal juez hasta que sane la enfermedad que Dios, nuestro Señor, quiere curar con ella. Por tanto, no creamos que está el mundo entregado en manos de los hombres malvados acaso, para que puedan hacer dél á su voluntad, como impía y neciamente dice Maquiavelo, ni que la religion cristiana ha sido causa desto. Antes, si examinamos con atencion las vidas de los emperadores gentiles, desde Julio César hasta el emperador Constantino, en espacio de poco más de trescientos años, y las cotejamos con las de los príncipes cristianos que de Constantino, emperador, acá han reinado en casi mil y trescientos años, halláremos que los príncipes cristianos malos han sido muy pocos en comparacion de los malos gentiles, y que los muy malos de los nuestros no llegan con mil partes á la maldad de los otros, ni áun de algunos de los que los escritores gentiles alaban por virtuosos y moderados.

CAPÍTULO XLI.

De la primera cosa que debe hacer el príncipe cristiano para alcanzar la fortaleza, que es pedirla á Dios.

Dejando, pues, á Maquiavelo con las inorancias que enseña de la fortaleza, digamos la que debe tener el príncipe cristiano para conservar su estado y defenderle de los enemigos cuando fuere menester. El valor y magnanimidad en el príncipe es cosa muy necesaria, así para ser responsable y temido de los suyos, como para resistir y hacer rostro á los contrarios, que en los reinos y estados grandes nunca suelen faltar.

Y aunque en todas las acciones del príncipe debe resplandecer la fortaleza, pero en ninguna cosa más que en la guerra, que es la propia materia della. Muchos príncipes hay que en la paz se muestran justos y prudentes, mas cuando se levanta algun gran torbellino y tempestad brava de enemigos, no tienen valor para contrastar contra las ondas impetuosas y resistir á los furiosos vientos.

Pues para hablar desta fortaleza, la primera cosa que el príncipe cristiano debe hacer es, persuadirse que, aunque la paz es el blanco á que su gobierno debe mirar, pero que muchas veces no se puede alcanzar ni conservar buena paz sin buena guerra. La cual es tan necesaria para defender la república y tener paz, como lo es la medicina amarga para la salud del enfermo. Por las guerras que mandó hacer Dios á sus santos capitanes, y por las victorias que les dió, y por las leyes que publicó á

(1) I, *De Ser. num. vindicta*.

su pueblo, enseñándole el modo de hacer guerra, se ve que la guerra se puede hacer santamente, y que, supuesta la malicia de los hombres, muchas veces es un mal necesario en la república, el cual debe el príncipe cuanto pudiere excusar. Pero cuando la necesidad precisa le obligare á usar del hierro y fuego, por no aprovechar las unciones y remedios suaves, confiado en Dios y en la justicia de la causa, que debe tener ántes muy bien examinada y averiguada, ármese con esta fortaleza y constancia, para ejecutar con pecho valeroso todo lo que para la buena guerra conviniere.

Pero tenga por cosa cierta y llana que una de las cosas en que Dios, nuestro Señor, más muestra su divina providencia es en los ejércitos y batallas, y en las victorias que da á los que es servido, y con ellas los reinos é imperios, que dependen dellas. Lo cual entendieron y enseñaron hasta los mismos gentiles, pues el rey Ciro, ántes de emprender cualquiera guerra, hacia tantos sacrificios, como lo escribe Jenofonte. Y los romanos la comenzaban con los auspicios y la proseguían con tantas ceremonias.

Onosandro, siguiendo la doctrina de Platon, su maestro, enseña que no se debe sacar el ejército para la guerra ántes de haberle purificado con un solene sacrificio y aplacado primero á los dioses; pero mejor lo dice el Espíritu Santo en las divinas letras por estas palabras (2): «Si fueres á la guerra contra tus enemigos, y vieres la caballería y los carros de los enemigos, y que tienen mayor número de soldados que tú, no por eso los temas; porque el Señor Dios tuyo, que te sacó de Egipto, está contigo. Y cuando hubiéredes de pelear, póngase el sacerdote delante de los escuadrones y hable desta manera al pueblo: Oye, Israel: vosotros hoy peleais contra vuestros enemigos; no desmaye el corazón de nadie, no temais, no os espanteis ni volvais atrás, porque el Señor Dios vuestro está en medio de vosotros, y peleará por vosotros contra vuestros enemigos y os librará de peligro.» Todo esto dice Dios en el *Deuteronomio*.

Para declarar esta verdad se llama el Señor en las sagradas letras *Deus Sabaoth*, que quiere decir Dios de los ejércitos. Por esta misma causa dijo Melchisedech á Abraham, despues de la vitoria de los cinco reyes: «Bendito sea Dios excelso, que te ha guardado, y te ha dado en las manos á tus contrarios y enemigos» (3).

Cuando el pueblo de Israel peleaba contra Amalech, estando Moisés en el monte y teniendo las manos levantadas á Dios, vencía Israel; cuando las bajaba, era vencido, para que se entendiese que la vitoria era de Dios, y que la daba más por la oracion de Moisés que por la fortaleza y valor de los soldados que peleaban. Y así lo declaró el mismo Moisés cuando, acabada aquella guerra y alcanzada la vitoria, edificó un altar al Señor y le llamó *Domus exaltatio mea* (4), que quiere decir:

(2) *Deut.*, xx. (3) *Gen.*, xiv. (4) *Exod.*, xvii.